

ALJABA

ARTE Y LITERATURA



NUMERO DEDICADO A LA POESIA Y ARTE DE ANDALUCIA

10-11

HACEN "ALJABA"

EMILIO RUIZ PARRA
MARIO ALVAREZ ORTIZ

ADMINISTRA:

CESAR LUNA VILLACAÑAS

Portada: GREGORIO PRIETO

JAEN, JULIO - OCTUBRE DE 1953

Dirección
Espartería, 11

Administración:
Fermin Palma, 18 - 1.º-izqda.

Prefacio del Director

Tócame a mí escribir este prefacio al número que ahora ALJABA dedica a la poesía y el arte andaluces de nuestra hora. Y tócame no sólo por timonel de esta empresa, sino porque en el riguroso criterio geográfico que nos hemos impuesto al confeccionar este número, era yo el único que, teniendo relación inmediata con él, me encontraba excluido, por no ser andaluz de nacimiento —aunque sí por vocación entrañable—, de figurar en sus páginas.

No es empresa fácil el reflejar en un cuaderno de forzadas limitaciones espaciales todo el amplio panorama de la poesía andaluza presente. Forzosamente había de irse hacia el inventario, y éste ha sido nuestro camino a seguir, trayendo, dentro del criterio de la ineditéz, la presencia de las figuras más representativas —por su hacer o su estar—, tanto dentro de las generaciones ya sobradamente contrastadas, como de la más joven, a la que ha de abrirse el portillo del interés, por cuanto ella misma está ya traspasando el de las esperanzas. Naturalmente, esto podía llevar en sí un quiebro: el de romper con la directriz que ALJABA, número a número, ha venido siguiendo. Puede que, en parte, tal realidad se haya dado. Pero siendo forzosa e inevitable, bástenos como justificación nuestra llamada a todo lo auténtico. Acá hemos reunido a los poetas andaluces de la hora presente (y al mirar a tan vasto campo, se va también una ojeada hacia allá, hacia el mar y el poeta de Moguer, tan lejano y tan nuestro); hemos reunido a los que, de esto o de la otra mano, llevan junto a sí a la Poesía. Y esto, en fin de cuentas, es lo definitivo.

No menos llena de dificultades estaba la exposición de nuestra pintura. De aquí la exigencia de unas palabras que vengan a encajarla ante el lector en toda su real y múltiple presencia.

Dándose el hecho transcendente de que el primer pintor español de hoy—Picasso— es andaluz, es cosa explicable que la pintura andaluza haya seguido en buena parte los caminos del arte creador, vivo y más auténtico de nuestros días.

El malagueño Pablo Picasso, ha sido, sin duda, el pintor de mayor influencia dentro de la pintura universal. Creador del cubismo, buscador profundo, hay en su obra más que un problema estético un problema humano de auténtico cataclismo desesperado y sarcástico.

Tras él, varios son los nombres que, a la mayor altura, representan la plástica andaluza en el panorama de la española. En primer lugar Daniel Vázquez Díaz, es hoy, dentro de nuestras fronteras, el auténtico maestro de una pintura auténtica, llena de belleza, y de una constante modernidad.

Entre los pintores más jóvenes, pero ya totalmente situados, está el quesadeño Rafael Zabaleta. Pintor de auténtica reciedumbre, bien conocido en España y el extranjero, es figura hacia la que se está haciendo ya necesario en esta tierra nuestra un merecido homenaje cuya idea, en nombre de ALJABA me atrevo ahora a lanzar.

Tal vez el movimiento pictórico más coherente de cuantos en España se han dado en los tiempos últimos sea el indaliano, capitaneado en Almería por Jesús de Perceval, pintor de concepciones monumentales, grandiosas. Junto a él se apiñan los nombres de Francisco Alcaraz —residente actualmente en París— Luis Cañadas, Capuleto, Francisca de Asís Soriano, etc.

Por lo demás, otros nombres destacan. Siguiendo una ordenación geográfica, en Granada, Benito Prieto Cussent, y Carretera; en Córdoba, Del Moral, Povedano, Aguilera, R. Álvarez Ortega...; en Jaén, Romero Marcos, R. Martos, Cerezo y la joven y auténtica promesa de Ortega. Pero la lista se haría demasiado extensa: la eterna espita, que quede abierta a la sorpresa ..

Emilio RUIZ PARRA

Tierra del Mar

Habitaba conmigo allí en la colina espaciosa.
Vivíamos sobre el mar.
Y muchas veces me había dicho:
"Oh, vivir allí los dos solos,
con riscos, cielo desnudo, verdad del sol".
Y pude llevármela. Una casita colgaba
como despeñada, suspensa
en algunos poderosos brazos que nos amasen.

Allí habitábamos. Veíamos en la distancia
trepar a las cabras salvajes, dibujadas contra los cielos.
El rumor de la trompa lejana
parecía un trueno que se adurmiese.
Todo era vida pelada y completa.
Allí sobre el granito dorado por el sol bondadoso
su forma se me aquietaba, permanecía.
Siempre temía verla desvanecerse.
Cuando la estrechaba en mis brazos
parecía que era sobre todo por retenerla.
Ah, cómo la comprobaba, suavidad a suavidad,
en aquel su tersísimo cuerpo que la ofrecía,

Lo que más me sorprendía era su dulce calor.
Y el sonido de su voz,
cuando yo no la veía,
me parecía siempre que podía ser el viento contra las rocas.
No había árboles. Apenas algún arce, algún pino.
A veces se templaba una loma con un morado sofoco.
Pero el cielo poderoso vertía luz dorada, color fuerte, templado
hálito.

Lejos estaba el mar: añil puro.
Los cantiles tajantes parecían cuajados, petrificados
de resplandor.
En la amarilla luz todo semejava despedazado,
rodado, quedado,
desde un violento cielo de júpiter.

Pero en la cumbre todo poseía templanza. Y ella
hablaba con dulzura, y había suavidad,
y toda la exaltación terrestre
se aquietaba en aquel diminuto nudo de dicha.

Había días que yo estaba solo.
Se levantaba antes que yo, y cuando yo me despertaba
sólo un viento puro y templado penetraba mudo por la ventana.
Todo el día era así silencioso,
eterno día con la luz quedada.
Vagaba quizá por la altura y cuando regresaba había como una
larga fatiga en sus ojos.
Como un ocaso caído,
como una noche que yo no conociese.
Como si sus ojos no viesen toda aquella luz que nos rodeaba.

Por la noche dormía largamente, mientras yo vigilaba,
mientras yo me detenía sobre su velo intacto,
mientras su pecho no se movía.

Pero amanecer era dulce. ¡Con qué impaciencia lo deseaba!
Ojos claros abiertos sonrientes vivían.
Y besos dulces parecían nacer, y un sofocado sol de lirio puro
penetraba por la ventana.

Siempre ida, venida, llegada, retenida,
siempre infinitamente espiada,
vivíamos sobre la colina sola.
Y yo sólo descansaba cuando la veía dormir dichosa en mis
brazos,
en algunas largas noches de seda.

Tierra del mar que giraba sin peso,
llevando un infinito miedo del amor
y una apurada dicha hasta sus bordes.

Vicente ALEIXANDRE

CINCUENTA AÑOS DE POESÍA ANDALUZA

(NOTAS PARA UN ESTUDIO)

Al iniciarse el siglo, murían dos poetas andaluces, poetas menores y últimas consecuencias del amaneramiento burgués, de la pacotilla décimonónica: Antonio Grilo y Manuel Reina. En aquel primer lustro, veían la luz «Jardines lejanos» y «Soledades, galerías y otros poemas». Modernismo y generación del 98 entraban, por los puentes juanramonianos y machadinos, a remozar la poesía andaluza y la española. Si Salvador Rueda y Francisco Villaespesa, ambos buenos poetas aunque exuberantes y polifónicos, representan a Andalucía en el triunfo modernista, son Juan Ramón y Antonio Machado los dos grandes andaluces de decisiva y genial huella en la poesía española posterior.

El medio siglo siguiente, se caracteriza por una notable preponderancia de autores andaluces en la lírica nacional, preponderancia que sin duda ha decaído en los últimos años, aunque existan varios jóvenes nombres, que procuraré anotar aquí, capaces de suponer una esperanza.

Antonio Machado se mantiene como una figura más independiente, con la que los poetas que siguen no habían de tomar mucho contacto, hasta treinta años más tarde. Su hermano Manuel significará siempre, en su mejor obra, la finura elegante, leve y honda a la vez, de una veta andaluza al tiempo popular y señorial. Juan Ramón, mientras realiza su obra de puro y decantado lirismo, abona una tierra feraz, pródiga, un vivero de poetas que van a —reconociéndolo como maestro— protagonizar uno de los períodos más brillantes de la poesía española.

Es el momento en que surge la llamada generación de la Dictadura, esto es, la de los que nacen en el filo del 900. Como cuando los siglos áureos, la Historia de España era Historia Universal, aquí la historia de la poesía andaluza es historia de la poesía española —con algunas importantes excepciones—. Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, García Lorca, Luis Cernuda, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre.

Una corriente neopopularista, recogida de las más puras e inmarchitas esencias tradicionales, fué incorporada por Lorca y Alberti con otros poetas como Fernando Villalón (poeta tardío que se unió a los grupos más jóvenes) a sus modos. Esta poesía deriva en ocasiones hacia el extremo culto y barroco, tal en Adriano del Valle y en Rafael Laffón.

Hacia otras experiencias de movimientos de vanguardia, Lorca y Alberti, poetas dotadísimos y varios, se orientan también, como se orientan Moreno Villa, Rogelio Buendía, Pedro Pérez Clotet, Joaquín Romero Murube, Alejandro Collantes, Rafael Porlán, Pedro Garfias, José María y Sebastián Souvirón, Juan Sierra, José María Hinojosa, José María Morón. En los movimientos renovadores del primer cuarto de siglo, la importancia de estas figuras andaluzas es sobresaliente. Concretamente en el superrealismo, el movimiento más trascendental y de más honda y definitiva huella, los cuatro nombres que lo representan descollantemente en España, son andaluces. En primer lugar Vicente Aleixandre, —cuya influencia en la poesía española e hispanoamericana posterior iba a ser decisiva— desde los poemas en prosa de «Pasión de la tierra» y a través de «Espadas como labios» y de «La destrucción o el amor». Rafael Alberti, con «Sobre los ángeles». Luis Cernuda, con «La realidad o el deseo». Y, más ocasionalmente, García Lorca, con «Poeta en Nueva York».

Algunas de las más significativas revistas de vanguardia, donde la poesía renovada y orientada hacia los movimientos de los «ismos» iba cobrando entidad, lanzaron sus juveniles mensajes desde estas tierras. Así, en Sevilla, «Grecia», que se inició en 1918, publicando cuarenta cuadernos, de la que Adriano del Valle fué redactor jefe, y «Mediodía» que en 1926 dirigió Eduardo Llorent, vigente durante tres años y reaparecida en 1939 con dos cuadernos. En Granada, «Gallo», de Federico García Lorca y su hermano Francisco, con Enrique Gómez Arboleya, aparecida en 1928, que editó un suplemento polémico: «Pavo». «Litoral», que en Málaga hicieron, en 1926, Prados y Altolaguirre. Las Hojillas del calendario de la nueva estética, llamadas «Papel de Alaluyas», lanzadas en Huelva por Fernando Villalón, Adriano del Valle y Rogelio Buendía, en los años 1927 y 28. «Isla» de Cádiz, cuyo mentor fué Pedro Pérez Clotet, en 1935 (con una segunda época en Jerez, del 37 al 40). Otras muchas publicaciones vieron la luz por aquella época de los treinta y cinco primeros años del siglo. Hojas poéticas más o menos adscritas a los movimientos de vanguardia. Anotemos algunos nombres: «Cervantes» dirigida por Villaespesa y más tarde vinculada al ultraísmo, las gaditanas «Vida moderna» y «La vida literaria»; «Gran guiñol», «Hojas de poesía», «Roma», «Tinta de Literatura y Arte», «Nueva Poesía», en Sevilla; la granadina «La Alhambra»; en Huelva «Letras» y «Meridiano»; en Córdoba «Ardor», de Olivares Figueroa, Bernier, Ortiz Villatoro y Juan Ugart.

(No puede dejar de recordarse, al citar este grupo cordobés, a un poeta —de influencia lorquiana— que por entonces publicó su primero y único libro: José María Alvarino, muerto muy joven).

Debe añadirse a esto, las varias revistas que, editadas fuera de la región andaluza, estuvieron mantenidas, en todo o en parte, por poetas de aquí, como "Horizonte", que dirigió Pedro Garfias, como "Tableros", refundición de "Grecia", o como "Los cuatro vientos" en la que con Dámaso Alonso, Salinas y Fernández Almagro, intervinieron activamente Alberti y Lorca. Las realizaciones que desde lo literario a lo tipográfico se deben a Manuel Altolaguirre —en colaboración con su esposa, la poetisa Concha Méndez— pueden incorporarse sin duda al acervo andaluz. Me refiero —bien se recordarán— a "Héroe", a los cuadernos "Poesía" y a aquella "1.616 (English Spanish Poetry)" que en Londres elevaba la voz de nuestra lírica. Y no menos andaluzas —y universales— son las empresas personalmente mantenidas por Juan Ramón: "Ley", "Si", "Obra en marcha", "Presente", "Sucesión", "Unidad".

No podría yo abordar —tampoco es del tema— el concepto de «generación» y el problema de sus límites y, sobre todo, de sus causas aglutinantes, de sus razones comunes. Lo cierto es que, cronológicamente con los poetas citados, todos ellos en las filas renovadoras de lo que entonces era poesía de vanguardia, coexisten otros de tendencias más conservadoras. Es el caso de José María Pemán, cultivador de una poesía de forma y concepto tradicionales que en su obra ha ido tendiendo a la meditación filosófica, aunque sin variar esencialmente sus modos; de José Carlos de Luna, cuyas composiciones anecdóticas y folkloristas lo definen más bien como un poeta regional; y de algunos otros nombres situados más o menos como epígonos del modernismo, tales Juan Soca, Fernando Lapi, o Vicente Orti, e incluso a veces cultivadores de formas más nuevas, como Rafael Laínez Alcalá, aunque ocasionalmente, por causa de su mayor atención a actividades de arte y cátedra.

Una derivación, bastante mixtificada del inimitable lorquismo, en lo que Lorca tuvo de creador mágico de una imagen colorista, brillante, sensual, engarzada en el hilo del romance, ha sido la de un verso de «pandereta», de folklore hecho «cliché» y puesto casi siempre en manos del espectáculo mercantil. Con varia fortuna —fortuna lírica, quiero decir— han cultivado este género autores como Rafael de León y Xandro Valerio y, entre los más jóvenes, Manuel Benítez.

Tras la guerra civil, el movimiento poético «garcilasista» que había de cuajar en varias obras representativas y que llena más de un lustro de la poesía joven española, debió mucho a la obra de tres poetas de la generación intermedia —la de los que tenían alrededor de 25 años en 1936—. Uno de estos tres es Luis Rosales, granadino y con un libro de anteguerra esencial a este respecto: "Abril". Rosales, luego, con "La casa encendida", ha iniciado otros caminos de poesía narrativa, directamente biográfica, con aportaciones superrealistas en la expresión, motivadora también de adhesiones por parte de algunos poetas siguientes. A esta misma generación de Rosales, pertenecen José Antonio Muñoz Rojas —revelado como un exquisito prosista en "Historias de familia" y "Las cosas del campo"—. Manuel Díaz Crespo, de delicada voz lírica; Carlos Rodríguez Spiteri, de poesía difícil por su abundante y complicada metáfora; José Luis Cano, sonetista primero, de poesía de corte alexandrino en "Voz de la muerte", siempre de acento traspasado de heridora melancolía; Juan Ruiz Peña, de un romanticismo suave y sencillo; Juan Bernier, de una poesía sensual y rica; Juan Pérez Creus, que publicó un primer libro con prólogo de Garfias, y que posee unas dotes extraordinarias de ingenio quevedesco; Alfonso Canales, actual coeditor de la revista malagueña "Caracola"; Antonio Milla Ruiz; Diego Fernández Collado; Enrique Llovet; Eduardo Gener; Juan Antonio Campuzano; José M. López Abellán, etc.

En el grupo «garcilasista» aludido, se inició un poeta sevillano, Rafael Montesinos, que ya desde aquellas colaboraciones hasta las más personales y de mayor altura poética de sus recientes libros, hace gala de una gracia singular y de unas peculiaridades andalucísimas en su lírica situada entre las primeras de la poesía joven actual (considerando así a la de los poetas menores de 35 años, pero ya con obra cuajada y madura).

Con igual comienzo, y también situado hoy en esa primera línea de nombres jóvenes, está Luis López Anglada, nacido en Ceuta, e incorporado aquí por considerar que no sólo administrativamente, sino atendiendo razones de fuerza ineludible geográficas y étnicas, Marruecos es un todo con Andalucía.

A la misma generación pertenece Ricardo Molina, cordobés en cuya obra de turbador lirismo se continúa la más pura y honda veta andaluza de poesía, autor de las bellísimas "Elegías de Sandúa" y uno de los nombres instalados en la docena de grandes poetas jóvenes.

Algo más joven y destacadísimo también es Pablo García Baena, de un sorprendente dominio del lenguaje, y en la misma línea, Mario López, cantor del campo cordobés. Benjamines de este grupo generacional son Carlos Edmundo de Ory, inquieto e inteligente, fundador del fugaz movimiento «postista»; Juan Guerrero Zamora, melillense, de notable influencia alexandrina, asimilada luego en "Danza macabra.-Danza milagrosa" en una voz más personal y amarga, fundador en Madrid de la revista "Raíz"; y José Manuel Caballero Bonald a cuya lírica llega esa nostalgia vaga e inefable de la poesía cernudiana.

Cronológicamente situados con los que acabo de nombrar, debe citarse a Manuel Álvarez Ortega, Rafael Manzano, Pedro Ardoy, Cesáreo Rodríguez Aguilera, Sebastián Bautista de la Torre, Francisco Garfias, Diego Moreno, Juan Valencia, Joaquín González Estrada, Eladio Sos, Pío Gómez Nisa, entre otros.

La generación a que acabo de referirme se inició publicando en las revistas de aquellos años de postguerra y en las editadas por ella misma. Se hacen en Andalucía varias. Destaca singularmente "Cántico", una de las mejores españolas, publicada desde 1948 en Córdoba por Molina, Bernier y García Baena. También cordobesa y de muy cuidada presentación, "Aglae", de Alvarez Ortega. En Marruecos, "Al-Motamid", desde 1947, dirigida por Trina Mercader, y "Manantial", 1948, con Gómez Nisa y Jacinto López Gorgé. En Almería, "Horinzotes", dirigida en 1947 por Manuel Campoy. Ya antes habían aparecido —y desaparecido— "Chabola" (1942) en Huelva, y "Avellano" (1945) en Granada.

Antes de seguir adelante, quiero dejar constancia de la obra que algunos poetas andaluces han realizado, en los últimos años, fuera de España. Si Juan Ramón Jiménez, Alberti, Cernuda, Moreno Villa, Emilio Prados, Altolaguirre, han publicado en prensas argentinas o mejicanas importantes obras nuevas, Pedro Garfias —menos conocido entre nosotros que los anteriores— y, sobre todo, el cordobés Juan Rejano y el —más joven— sevillano Antonio Aparicio se nos han revelado como magníficos poetas y han cantado en las tierras americanas con la voz eterna de la lírica andaluza. "Primavera en Eaton Hastings" y "De soledad y otros pesares", de Garfias; "El Genil y los olivos", de Rejano, y "Fábula del pez y la estrella", de Aparicio, son ya piezas enriquecedoras de esta gran poesía nuestra y por tanto, de esta grande y rica poesía de España.

* * *

Los poetas más jóvenes, casi todos aún sin obra en libro y con veinte años muy recientes, se agrupan hoy, en su mayoría alrededor de las revistas que ellos mismos hacen. Revistas juveniles, pues, que nos traen la voz nueva de una generación sin duda menos revolucionaria que aquella agitadora de los «ismos», hace treinta años, pero acaso más preocupada y más en trance de dolor.

De estas nuevas publicaciones, es la más antigua "Alcaraván", que desde el pueblecito de Arcos de la Frontera, en el luminoso corazón de la provincia de Cádiz, editan los hermanos Antonio y Carlos Murciano, con un entusiasmo casi heroico, mecanografiándose número a número. Antonio y Carlos comenzaron como poetas más bien retóricos, pero inician ya un rumbo mucho más seguro, con un lirismo íntimo y entrañado. Junto a ellos, puede citarse a Antonio Luis Baena.

Una revista de breve vida fué "Caracol", que apareció en 1950 en Granada. Citemos de ella a Víctor Andrés Catena, poeta valiente y enderezado hacia una poesía de esperanza y aliento salvador.

Desde 1951 se publica en Cádiz una de las más bonitas revistas jóvenes: "Platero". Bajo la evocación del burrito juanramoniano, los trotes jubilosos de "Platero" por el paisaje poético español van sonoros de gracia y ángel andalucísimos. Fernando Quiñones, su director, es un poeta en el mejor garbo del neopopularismo. Al grupo pertenecen José Luis Tejada, cuya poesía sabe engarzar bien la metáfora y el juego barroco; Felipe Sordo, autor de poemas en la línea narrativa y anecdótica de los últimos tiempos, y el delicioso prosista Serafín Pro Hesles.

Melilla ha seguido, en sus más jóvenes poetas, la labor ya iniciada por "Manantial". Miguel Fernández y Francisco Salgueiro son los principales poetas de "Alcándara". Salgueiro, en sus últimas producciones, ha logrado una lírica de exaltación del paisaje marroquí, sentida con enraizamiento en la tierra. Fernández persigue una poesía preocupada por lo existencial.

En Sevilla, y a fines de 1951, se iniciaron simultáneamente dos revistas: "Aljibe", que suspendió pronto sus apariciones, y "Guadalquivir", en marcha hasta el momento. Los poetas de "Guadalquivir" son Manuel García Viñó, Fausto Botello y José María Requena. Los dos primeros se mantienen casi siempre en una poesía formalista. García Viñó ha publicado dos colecciones de sonetos, en breves cuadernos, donde acredita su facilidad, aunque ésta lleve aparejada cierta superficialidad. Las recientes colaboraciones de Requena, nos lo muestran acaso como el más poéticamente robusto del grupo, dentro de una poesía más flexible y en una temática de mayor amplitud y ambición. Amalio García —prosista— y Bernardino Graña pueden ser citados asimismo en el grupo.

Los componentes de "Aljibe" fueron Bernardo Víctor Carande, algunos de cuyos poemas nos recuerdan las "Elegías" de Molina, con mayor dosis de realismo; Juan Collantes de Terán, delicado en la canción; Aquilino Duque, que maneja con acierto la expresión logrando evocaciones y sugerencias; Antonio Gala Velasco, imaginativo y abundante, y Angel Medina Lemus, de fino e íntimo lirismo.

También en 1951 comenzó a publicarse la revista desde la que escribo, de la cual puede juzgar directamente el lector. A partir del número 7 comenzó una segunda etapa, remozando y perfeccionando sus medios tipográficos. Aunque nacido un poco más al norte, no debe omitirse el nombre de Emilio Ruiz Parra, su director, que ha calado en su Jaén de residencia. Ruiz Parra es también autor de cuentos y de artículos sobre Arte. Está, en cierto modo, en esa línea poética actual en que se va a la emoción por medio de un lenguaje directo, cotidiano, no exento a veces de ironía. Mario Alvarez Ortiz, otro activo miembro de "Aljaba", es poeta de acento romántico, mientras Francisco Martínez Llácer escribe una poesía de sentido religioso, en la que los temas están siempre estremecidos por un tono patético. Con ellos, Sebastián Bautista de la Torre, animador de la colección poética "Al verde Olivo".

Más recientes son las cordobesas "Alfoz" y "Arkángel". De aquélla, Mariano Roldán, que ya nos ofreció una separata con sus canciones, se muestra como un lírico de íntima contemplación; Carmelo Casaño, con un dejo de fatalismo y muerte en sus poemas, frecuentemente de desarrollo anecdótico; Antonio Gómez Alfaro, que en sus últimas composiciones tiende a cantar las cosas mínimas, gozando a través de ellas la bondad de la vida; y Rafael Osuna, tal vez el más puramente lírico del grupo.

Los poetas de "Arkángel" —que dirige José del Río Sanz y a la que pertenece Gabriel Moreno Plaza—, son Sebastián Cuevas Navarro y Luis Jiménez Martos. Por lo general, en la obra de la mayoría de todos estos jóvenes poetas se percibe esa tendencia dominante en un sector de la poesía española más reciente, hacia el poema con anécdota, lleno de elementos narrativos y en ocasiones inclinado a un tono de poesía social. Todo ello con algunas peculiaridades muy andaluzas de ternura y melancolía, o bien de imagen colorista y plástica y un latido sensual y cálido.

La más reciente de estas entregas poéticas andaluzas es "Caleta", aparecida en estos días desde la bella playa de «la señorita del mar», con los nombres de Juan A. Sánchez Anes, Pablo Sánchez Pías, José María Carrascal, José Manuel García Gómez, Manuel Pérez Casaux, Lucrecia Gallé, Manuel Arjonilla y Rafael Soto Verges.

Tal es el cuadro de las publicaciones jóvenes, al que hemos de añadir algunas otras que actualmente se editan en manos de poetas más avezados.

En primer lugar "Caracola", que ha venido a publicarse, en Málaga, tras la breve aparición de "Papel azul". "Caracola" está dirigida por el poeta José Luis Estrada, con varios de los malagueños ya nombrados, como Muñoz Rojas y Canales, y con José Salas Guirior y otros no andaluces, tal María Antonia Sanz Cuadrado. Fraternal de este grupo es el que edita una bellísima colección con el nombre de "El arroyo de los ángeles", bajo el cuidado de ese ejemplar amigo de la poesía que es Bernabé Fernández Canivell.

En Sevilla se publicó "Floresta de varia poesía", cuidada por Francisco López Estrada, y aún se publican "Ixbiliah", en la que María de los Reyes Fuentes continúa la anterior "Icla", y la ya veterana "Cauces", que ha atravesado diversas épocas y formas, y cuyo mentor es Francisco Montero Calvache. "Cauces" publicó no hace mucho un número dedicado a un poeta popular, muy a la manera de Fernando Villalón: Miguel Moya.

Señalemos, por último, en Jaén, "Advinge.—Reflejos líricos", con un extenso cuadro redactor en el que figuran D. S. del Real, Manuel Arquillos y Juan Gómez Millán, en Puerto Real "Madrugal", con los ya citados Gener y Campuzano, y una revista no dedicada de forma general a la poesía: "Linares" —de la ciudad de este nombre— en la que colaboran asiduamente, entre otros, los poetas Juan Martínez Ubeda y José Luis Sáenz Vivanco.

Dos poetas muy jóvenes, que no pertenecen a un grupo determinado, voy a señalar finalmente, porque a mi juicio, cuentan entre los más interesantes de la última promoción. Me refiero a Pilar Paz Pasamar y a Julio Mariscal Montes. Julio Mariscal, interviene —con Rafael Mir Jordano y Antonio Gala, entre otros— en la edición de una revista publicada fuera de Andalucía: "Arquero". Sus "Poemas a Soledad" están en esa zona de emoción y ternura de buena parte de lo andaluz, y a la vez se encauzan en un realismo muy actual salvado casi siempre de lo prosaico. Su libro inédito —como el de Antonio Murciano, que antes cité— obtuvo alentadora puntuación en el último concurso "Adonais".

La poetisa Pilar Paz, ha publicado ya un libro: "Mara". De su lírica intuitiva y vigorosa puede esperarse mucho. Ya es hoy, sin duda, una de las poetisas jóvenes españolas de mayor interés.

* * *

Acepté el encargo de ALJABA para ocuparme de este medio siglo de poesía andaluza, y me propuse hacer un panorama general recogiendo su vastedad e importancia. Deliberadamente, este trabajo es más que de valoración, de inventario, aunque como es inevitable, al hacer la exposición queden sentados juicios, traslucidas opiniones. He procurado decir cuanto conozco y nombrar a cuantos poetas he leído, situándolos en su época o su grupo. Pero, sin duda, habré incurrido en omisiones. Pido perdón y declaro que las ausencias son simplemente olvido o desconocimiento, nunca deliberadas. Señalados quedan incluso los nombres más recientes, extremadamente jóvenes, sobre los cuales cualquier juicio es hoy un cara o cruz. He querido, sin embargo, detenerme en ellos, por lo que tienen de promesa. Los anteriores cuentan ya con una obra que los representa y han pasado a los libros, donde se les puede estudiar. Ahí está, precisamente, la acertada y espléndida antología que acaba de hacer José Luis Cano. Al poeta más joven hay que seguirle con mucha atención; supone, siempre, un camino hacia la esperanza. En estos nombres la poesía andaluza se continúa, a través del tiempo, con su verde y eterno caudal.

Leopoldo DE LUIS

Retornos del amor en la noche triste

Ven, amor mío, ven en esta noche
sola y triste de Italia. Son tus hombros
fuertes y bellos los que necesito.
Son tus preciosos brazos, la largura
maciza de tus muslos y ese arranque
de pierna, esa compacta
línea que te rodea y te suspende,
dichoso mar, abierta playa mía.
¿Cómo decirte, amor, en esta noche
solitaria de Génova, escuchando
el corazón azul del oleaje,
que eres tú la que vienes por la espuma?
Bésame, amor, en esta noche triste.

Te diré las palabras que mis labios,
de tanto amor. mi amor, no se atrevieron.
Amor mío, amor mío, es tu cabeza
de oro tendido junto a mí, su ardiente
bosque largo de otoño quien me escucha.
Oyeme, que te llamo. Vida mía,
sí, vida mía, vida mía sola.
¿De quién más, de quién más si solamente
puedo ser yo quien cante a tus oídos:
vida, vida, mi vida, vida mía?
¿Qué soy sin tí, mi amor? Dime qué fuera
sin ese fuerte y dulce muro blando
que me da luz cuando me da la sombra,
sueño, cuando se escapa de mis ojos.
Yo no puedo dormir. ¡Cuántas auroras,
oscuras, braceando en las tinieblas,
sin encontrarte, amor! ¡Cuántos amargos
golpes de sal, sin tí, contra mi bocal
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dime, amor mío.
¿Me escuchas? ¿No me sientes
llegar como una lágrima llamándote,
por encima del mar, en esta noche?

Rafael ALBERTI



(Viñetas de Povedano)

UN HOMBRE LLENO DE OLVIDOS

Un hombre lleno de olvidos
llega hasta ti. Sí, está ciego.
Sus ojos son dos semillas
que le brotan hacia adentro.
¿Ves el árbol que se clava
en su memoria, en su suelo?
Las flores que de ti dé
se le abrirán en el sueño,
y a la sombra de ese árbol,
en la llanura del tiempo,
como en una primavera
sólo verá tus recuerdos.

Manuel ALTOLAGUIRRE

Del libro inédito "Poemas en América".
que próximamente publicará "El Arroyo de los Angeles".



C A N C I O N

El alba toda en la flor...
(Que el niño —cándidos cielos
resuenan— brota en la luz
temprana de los almendros.)

La tarde toda en la flor...
(Que el niño —qué soles trémulos
renacen— sueña en la luz
dorada del limonero.)

La noche toda en la flor...
(Que el niño —cruza en el viento
la luna— se hunde en la luz
helada del jazminero.)

Pedro PEREZ-CLOTET

Cantos a Rosa

XV

Te llamaras acaso, Rosa, y fuera más propio, quizá prisa, quizá irse o simplemente huir entre mis brazos, o quizás simplemente. Pero Rosa es quedarse, son tus hombros, tus brazos gordezuelos, tu cara y tus mejillas como dos rosas y que son tan solo puentes hacia la dicha, solo puentes que se cruzan y llevan al acaso.

XVIII

Juntos los dos frente a la tarde, frente al mar, a los latidos, a la espuma. Suéltame un poco, déjame que vuele, —oh Rosa, mi cadena, con suspiros me tienes amarrado—. Siempre piensa que el peso de las cosas corresponde a su poder de gozo y en tus brazos me siento aire. Déjame que suba. Oh Rosa, tan pequeña desde arriba, tan amada, tan bien. ¡Qué chica! Estoy viendo correr, saltar en el jardín. No toques más de lo justo al corazón, que salta, que se hace añicos. No suspires. Deja que el tiempo llevará lo suyo. Deja que el tiempo te traerá lo suyo. Eso que si se nombra es muerte. ¿Acaso dulce?

XXIV

Rosa y comprometerse nunca fueron compatibles. Mi Rosa siempre dijo: No me nombres mañana, que a las rosas mañana, tierra, nadie, son iguales. Nunca sabemos de mañana. Somos tan desasidamente del instante cuanto se le consiente a un ala no entregarse al aire que la aupa. Sin embargo algo pudiera hacerse si me amaras con el mañana. Amar hace posible poder decir: Mañana, Rosa, espera, no dejes de venir mañana tarde.

José Antonio MUÑOZ ROJAS



Dibujo de Rafael ZABAleta

Vivir al nivel de nuestro tiempo es también, en cierto modo, vivir al nivel del día de mañana; porque el quehacer ha de proyectarse y porque el tiempo es una marcha incesante. Estar, pues, en la brecha, en la vanguardia de la obra del espíritu humano, denota cualidad de poeta, de profeta, de inventor o de creador.

Cierto que cuanto no es tradición, en arte, es plagio. Pero meditemos en el aforismo. Sólo hay tradición allí donde sobre el precedente se construye, allí donde el pasado es lección en el re-crear y nunca en el repetir. Tradición es continuidad que se lanza hacia el futuro.

Son, por ejemplo, tradición, en nuestra pintura, los murales románicos, los retablos de Huguet, la obra de Velázquez, la del Greco, la de Goya, la de Solana, la de Picasso. Una cadena progresiva de continuidad. Y no lo son, ni pueden serlo, las obras de quienes de modo impersonal, o academicista, tratan de enviarnos el eco de una voz ajena.

Lo primero que hemos de exigir al pintor es su capacidad creadora. Si la misión del pintor hubiera de consistir en llegar de nuevo a donde Vermeer, Leonardo o Velázquez llegaron, es que la pintura había muerto. Tened en cuenta los maestros, pero—podemos decir porodiando—, apoyad en ellos un solo pié. Sin esta potencia mágica, sobrenatural de creación, de invención, no hay pintor. Es, también, lo que revela el último de los cincuenta secretos mágicos para pintar, de Dalí; aquel que pide que a la hora de sentarse el pintor frente al caballete, su mano sea guiada por un ángel.

La cualidad dicha ha de ser forzosamente rara. Por lo que allí donde la encontremos la debemos señalar con piedra blanca. Hay en nuestros días un interesante renacer de las artes plásticas. Pero sólo unos pocos son portadores del mágico secreto y capaces, por tanto, de avanzar la antorcha de la tradición.

Siempre que me enfrento con la obra de Rafael Zabaleta, mi convicción de la excepcionalidad y de la solidez de su arte se reafirman. A solas con él, en el fresco silencio veraniego de su estudio, rodeados del impresionante mundo de sus cuadros, hay veces en que me parece que percibo, que toco, su propio ángel: esa potencia misteriosa e incorpórea, con aires rústicos y campesinos, de esta Quesada constante y eterna, y con el pulso poético de las más remotas y simples emociones.

Recién llegado del Congreso de Pintura Abstracta de Santander, sólo una frase—de Picasso—como resumen del tema: Esto es pintura, pero ¿y el drama? La vida de las cosas y los seres no se puede soslayar. Las formas externas son nuestra propia proyección, nosotros mismos. ¿Que toda pintura es abstracción? Naturalmente. Nadie ha dicho lo contrario. Pero la pintura no es abstractismo. El abstractismo, lo que llamamos pintura abstracta, es una tendencia nacida, como tal, en nuestro siglo, que pide, sin causa justa, la renuncia a la tercera dimensión como conquista técnica, y al objeto exterior, o a la referencia a él (aun poéticamente inventada, como ocurre en las grandes obras de arte), como medio de creación y comunicación. Una limitación forzosa, un esfuerzo constante de rechazo, una asepsia absolutamente injustificada. El olvido—o la traición— a un mundo, tanto externo como interno.

Zabaleta sigue considerando el abstractismo, todo lo más, como un aspecto parcial, un espacio vacío, un elemento integrante de la totalidad del cuadro. Laten en su pintura las mejores lecciones de la pintura moderna y de la pintura antigua, y surge, sobre ellas, una creación personal, expresiva y sugeridora. La continuidad se caracteriza por una constante renovación, en la que, como corresponde a una obra propia y sincera, junto a los aciertos geniales está también, para valorarlos y llegar a ellos, el ensayo y el ejercicio.

Cuando Zabaleta se da a conocer al público (1943), domina en su obra un realismo popular y mágico, con minuciosidad y hasta cierta aparente torpeza de primitivo. Es uno de sus grandes momentos y por eso el triunfo le fué fácil. La obra tenía un precedente de centenares de lienzos del más variado estilo y de la más rica imaginación. Muchos desaparecieron con la guerra; otros permanecen en el archivo de su caserón quesadeño. En ellos se justifica la densidad, la fuerza y la riqueza de aquella pintura que con tanta rapidez le conquistó uno de los primeros puestos dentro del arte español de nuestro tiempo.

La fase de la simplificación formal y de la violencia cromática (del incendio y del arabesco), que más tarde aparece, no logra hacernos olvidar aquella otra, a pesar de lo mucho que en ella hay para detenerse, recrearse y apasionarse.

Hoy le vemos entrar en un período de mayor sosiego y precisión. Se logra en él, a través de una sobriedad serena, una depurada y esencial elegancia. Los elementos más característicos de su obra anterior, aparecen o se vislumbran como fundidos en una síntesis superadora, en la que se ofrece, con un caudal ampliamente enriquecido de experiencias, un nuevo mundo de formas y creaciones.

Cesáreo RODRIGUEZ-AGUILERA

PRIMAVERA

¡Que se rompa el cansancio,
que se funda el opaco cristal de cualquier hielo,
que se desnude el cuerpo de máscaras de tela,
que se aspire la brisa empapada en sol,
que se beba en los labios primavera!

Dejad, hombres, de ser,
quitaos el cetro de un reinado ridículo,
dejad la púrpura y el oropel del manto,
que el cerebro no piense
nada, nada hay importante,
retornad a la tierra;
la amapola ha llegado.

¡Oh ascua viva de sangre que desparrama el campo!
la agonía llegó de los lirios morados
la tristeza se ha ido,
rojo, rojo y verde el prado
tibio el cañaverál
y blanco, blanco, el álamo.

¡Ay, que se rompa el cansancio!
¡dejad hombres de ser
máscaras de lana y paño!
La tierra está desnuda,
la flor, el agua, el pájaro,
un beso llega múltiple
de todos, todos lados.
Retornar a la tierra
volveos otra vez
barro.

Juan BERNIER

CUARESMA

Qué tienes que decir,
qué palabra se esfuerza por subir a tu angustia,
si ya todo está dicho
y la Pasión de Cristo con muro sollozante
te aísla de Abril bello.

Qué tienes que decir
si ya todo está dicho y casi consumado,
oh alma silenciosa ante el río de la gracia,
oh angélico animal diariamente purificado,
qué palabra resbala por tu doloroso silencio
como gimiente estrella toda esplendor y sangre.

Cae, oh palabra, cae.
Sólo por tu destello de lágrimas en la sombra
llevado soy al sueño a través del insomnio.
Sólo por ese grito que se rompe
soy llevado al perdón a través del castigo,
soy llevado a la aurora a través de la noche.
Sólo por tí, palabra,
que en tu latir asumes mi existencia de hombre
soy llevado a la vida a través de la muerte,
soy llevado hasta Dios a través de mi mismo.

Ricardo MOLINA

Rondel para un joven violinista

Mi canto, para aquel que no sabe
mi nombre. Para aquel que no sabe,
mi sonrisa. Y mi amor para mí
creciendo ante la luna, alzándose a la luna
inmóvil bajo el ropaje rígido,
bajo el plegado áureo de su luz
y la fugaz diadema de la fiebre
ardiendo con su gema misteriosa...
Para aquel que no sabe, mi canto y mi sonrisa.
Para tí, con tus labios de tierra,
que en góndola embriagada pasas
suave y silencioso
acariciando oscuros cabellos de violines,
el mar tiránico y la inhumana dádiva de la música
por quien desfalleces y para quien eres solo
un torpe vaso donde ella vierte avara
unas gotas falaces de su vino,
mientras, alta, en la alta gradería,
ella ríe sagrada y desleal.
Tu beso vivo
para la carne de la humilde madera
que la armonía esparce solo con ser tu espejo
y los puros sonidos,
cuando pulsas sombrío el corazón nocturno
en las cámaras frías donde arde el tenebrario de la madrugada,
acuden a tu mano como trémulas aves
sumisas, en espera de la simiente pródiga.
Sueñas con escenarios, pesados terciopelos de telones
que un éxtasis de aplausos detuviera.
Gala de las arañas encendidas
y los hombros desnudos por los palcos,
perlas enfermas en gargantas níveas
y un zumbel de doradas abejas coronándote.
Haydn de nuevo... Y la hortensia morada
de tus párpados agrandándose lívida,
ignorando que hay un pájaro libre en tu ventana
picoteando en el cristal sonoro
y la inicial de una muchacha escrita en la manzana que te comes
y un canto para tí que no sabes mi nombre,
para tí que no sabes, mi sonrisa.

Pablo GARCIA BAENA

POEMAS A SOLEDAD

XVII

Me he cruzado con unas mujeres que traían
ramos de adelfa y agrias risas desvergonzadas;
era cuando el almendro da sus primeras sombras,
cuando peina la noche sus primeras estrellas.

Con su mirar obscuro, con sus ojos hundidos,
y el fantasma del hambre pegado a los talones,
se quedaban con ésta hora de incertidumbre
porque no se atrevían a bañarse en el cenit.

Yo conocía un hambre de dignidad en ello
que ennoblece la meta de un pronto redimirse;
una bella miseria de puertos y de puertas
que lleva siempre en vilo a Dios como estandarte.

Pero no ésta miseria de carnes trasudadas,
de inconfesables besos, de sexos subastados,
ni éste crudo entregarse sobre cualquier esquina
pensando en el mendrugo y en la noche sin lumbre.

Venían con sus ramos sorteando las sombras,
tendiéndome las redes de un mirar oxidado,
y dejaban el aire tan espeso, que el alma
se me ahogaba en náuseas, reseca de negarse.

Colgué entonces tu nombre, Soledad, de mi frente,
y con él, tus recuerdos, tus besos casi niños;
la tarde de aquel miércoles tras la clase de Física
en que te supe arada tierra de mis afanes...

Ellas reían siempre y se iban alejando,
y yo con tu recuerdo me sentí tan humano,
tan anchamente abierto a la bondad, que ahora
casi las pienso niñas, y casi ni las pienso.

Julio MARISCAL MONTES

DEL AMOR

Viral blancura inunda, rinde el cálido
ritmo de la pasión y sacia al fuego
fertilidad, dorando el hondo valle
sin pisadas, distinto en cada hora.

Feliz descanso a la feliz fatiga
pasos de nube presta y la mirada,
fácil ya, tanteando busca el íntimo
rincón de la mirada y se acomoda.

Avanza el ser, se adentra, se confunde
—la redonda colina conquistada
donde el tesoro duerme—y pacta júbilos

con el ser, enemigo descarnado:
el sueño abate sus oscuras palmas,
cruje la noche, tiembla, y arde el aire.

Antonio GALA VELASCO

EL DUENDE

—¡Un duende, un duende! — Eran los niños, los niños gozadores. La caja de los botones, aquella azul con un pierrot cubista y una luna amarilla, la que decía Felisa que era «talmente Antoñito asomando la cabeza por una tarta de merengue», rodó al suelo con un ruido festivo y todos los botones, en alegre piñata, corrieron en dislocado recreo hacia las cuatro esquinas del cuarto de costura. Y el duende pululaba su aristocracia, entre la algarabía de los pequeños.

(Si. Un duende más. El plumoncillo moreno del cardo, que ha llegado éste año, como el otro y como el anterior. Algo delicado que recordaba la flor del hielo, o más bien cierto grabado de aquel libro de Ciencias.)

—Ya está el trigo maduro. Tu abuelo siempre sonreía cuando lo veía volotear por la azotea alta, por entre los geranios.— Y el plumoncillo del cardo sigue huyendo despacito de las manos ansiosas de los niños, de las manos ansiosas de éstos niños ricos, que olvidan sus juguetes para perseguir estremecidos esta *nada*, éste pequeño error de imprenta de los campos. Los pequeños con sus propias voces y su respiración lo hacen huir; y él, pícaro, se aleja nada más que lo justo para que los niños vuelvan una y otra vez a su persecución.

(Ya en las custodias manos solteras engarzan el trigo maduro con la uvilla agraz y las congregaciones preparan sus banderas.)

El duende está acorralado. Pilar por fin lo atrapó. Lo mira un poco ufana enjaulado en sus manos. Quizá se contraría. ¡Es tan poca cosa!. No vale nada. Menos que la pompa de jabón.

(El duende emprende otra vez, ahora sin gracia ya en su integridad, su marcha fracasada, como un poeta ciego en busca de la palabra, sin importarle nada.)

Los niños han vuelto a sus juegos. La abuela recogió los botones.

El duende alcanza la ventana y sigue, sigue ¿hacia dónde?. El viento sopla hacia el mar.

Serafin PRO HESLES



MAR CON ESTRELLAS

1

A NUESTRA SEÑORA DE REGLA, EN LA MARINA GADITANA

POSTRADO ante Tí mi anhelo,
te implorà el alma dolida.
Regla: séme Tú en la vida
al canon de mi consuelo.
Cabal medida de cielo
para que afore Emmanuel:
alcánzame el arancel
de tu dulce nombre hechura.
¡Mira que traigo amargura
verde del mar de la hiel!

2

MISA A LA VIRGEN, CON ACOMPAÑAMIENTO DE MAR

MISA, y al pié del altar,
en la arena —oro de atriles—,
un clamor de ministriles
celestes de agua de mar.
Hostia y Cáliz ya va a alzar
con arrobo el oficiante.
Y es, por gracia del instante
que a la onda leve extasía,
suspiro, polifonía
de espumas la Mar de Atlante.

3

Y YA EN REGLA MIS PAPELES...

MARINERA en la marina
del salado sur de España:
dale viento a mi campaña
de un navegar de bolina.
¡Ay Capitana divinal
Tan liberal como sueles,
por mis cortas horas fieles
despacha esta nave, al fin,
con áncora de jazmín
y ya en Regla mis papeles.

Rafael LAFFON

LA ESPINA ARRANCADA

(MACHADO Y BÉCQUER)

En el poema XI de sus Poesías completas (1), canta don Antonio Machado:

*En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón.*

Estos versos recuerdan, y han podido ser influenciados por la rima I de Bécquer (2):

*Como se arranca el hierro de una herida
su amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí, al hacerlo, que la vida
me arrancaba con él.*

Tanto Bécquer como Machado emplean el mismo expresivo verbo —arrancar—, y usan una imagen semejante: el vacío que en el corazón del amante deja el amor al ser arrancado violentamente. Ese vacío amoroso hace que Machado ya no note su corazón, y que Bécquer sienta como si su vida escapara también con el amor ido. La única diferencia es que mientras Machado emplea la imagen de la espina para expresar la mordedura del amor, Bécquer utiliza la imagen del hierro en la herida, que dá una sensación de doloroso desgarramiento que no tiene la de Machado.

Pero la copla de Machado continúa:

*Aguda espina dorada
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.*

Con estos tres versos, tan sobria y bellamente elegiacos, el poeta expresaba su fatal vocación amorosa. El amor es herida, es una quemadura que a veces se agiganta hasta convertirse en profunda llaga. (Un agudo puñal de acerados filos, alegría y tormento, es el amor, ha dicho Luis Cernuda). Más a pesar de todo, a pesar de la cruel mordedura, de los sufrimientos sin límite, prefiere el poeta sentir la punzante espina amorosa, la dulce quemadura, antes que no tener amor y sentir su corazón vacío.

Es el mismo sentimiento que vemos expresado en la rima 20 de Bécquer. Ya está lejos aquella pasión que hirió cruelmente al poeta, curada y olvidada aquella herida. Pero, muerto el amor, sólo queda a Bécquer una amarga indiferencia por la vida, el estéril sentimiento de la monotonía de la existencia. Y entonces, echa de menos —como Machado su aguda espina dorada—, aquel antiguo sufrimiento de amor. Y exclama:

*¡Ay! a veces me acuerdo suspirando
del antiguo sufrir...
¡Amargo es el dolor, pero siquiera
padecer es vivir!*

Este reconocimiento de las penas que conlleva el amor, y esa nostalgia por el amor perdido, aunque se sienta aún su quemadura, no son un motivo que haya inventado la poesía moderna. Ya en un poeta del siglo XV, en Juan del Encina, lo vemos deliciosamente expresado.

*Más vale trocar
placer por dolores
que estar sin amores.*

*Donde es gradecido
es dulce morir;
vivir en olvido
aquel no es vivir;
mejor es sufrir
pasión y dolores
que estar sin amores.*

*Amor que no pena
no pida placer,
pues ya le condena
su poco querer;
mejor es perder
placer por dolores
que estar sin amores.*

Y en otro poeta contemporáneo de Machado, el canario Tomás Morales, vemos cantado el mismo sentimiento, un poco a la manera de Amado Nervo:

*¡Bienvenida, saeta mensajera de males de amor!
¡Si hay dolor en tu punta acerada... divino Dolor!*

Pero la copla de Machado se lleva la palma por la impresionante concisión de la expresión elegíaca, del sobrio y dolorido decir.

José Luis CANO

(1) Cito por la edición de "Poesías completas" de la Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1944.

(2) La numeración de las rimas corresponde a la edición de "Obras Completas" de Bécquer, Afrodísio Aguado, Madrid 1949.



SONETO

¡Qué triste voz, qué triste y dolorida
voz la del viento junto al tren, lamiendo
el tren, limando el tren, estremeciendo
el tren! ¿De quién huimos? ¿No hay quien pida

tregua al viento, perdón al viento, vida
al viento? ¿Adónde vamos? ¿Qué tremendo
motivo nos impulsa? Voy sintiendo
sobresaltado el silbo, la transida

voz del viento en el campo, el alarido
del viento sobre el campo, su sonoro
ladrido al campo en soledad; y siento,

en la quietud del campo, sin sentido,
rodar el tren, silbar el tren, a coro
con el viento, en el viento, contra el viento...

Alfonso CANALES

POR EL AMOR DE DIOS

Conozco un camino llano
por el que se va hasta Dios
con El mismo de la mano.

(Copla)

Donde estaba el silencio, en los oscuros
términos encerrados en pavores,
donde había una muerte sin clamores
golpeándose sorda con los muros;
donde hubo secos pedernales duros
y sedientas esponjas interiores,
han brotado, al pasar de mis dolores,
luminosos diálogos seguros.
Una expresión que al ser entero exalta,
un fugitivo aliento que recobra
al eco ilimitado en voz más alta.
Feliz concentración de verbo y obra:
es la palabra lo que aquí me falta
y es también la palabra lo que sobra.

Anduve por el gozo como un ciego
y canté la belleza como un mudo.
Cubierto de apetencias, y desnudo.
Frio, cuando podía prender fuego.
¡Qué vaciedad de amor en el sosiego
falso de aquel arder de invierno crudo!
Mi propia voluntad era un escudo
inútil, y mis órdenes un ruego.
Más ahora, soledad edificada
sobre un monte de albor resplandeciente
¡qué ancha sombra de ayer en franca huída!
Plenitud de la altura dominada,
luz de las altas zonas del oriente,
maravilla de amor sobre mi vida.

Ando por mi camino, pasajero,
y a veces creo que voy sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía
al compás de mi andar, de otro viajero.
No lo veo, pero está. Si voy ligero
él apresura el paso. Se diría
que quiere ir a mi lado todo el día,
invisible y seguro, el compañero...
Al llegar a terreno solitario
él me presta valor para que siga;
y, si descanso, junto a mí reposa.
Y cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él) siento en su mano amiga
que me ayuda, una llaga dolorosa.

José María SOUVIRÓN

QUIETUD

Me he sentido el cansancio aquí bajo mi olivo.
Un cansancio sin alas, como un latido leve
que abanicara el pecho...
Los pájaros, las flores, la triste cencerrilla
parados en mis ojos.
No muertos, no vibrantes,
detenidos tan solo...
Decid que me levante, y no podría hacerlo.
Decid que empuje el alma, y quedaría postrada...
Mi vida es un tenderse; un reclinar el cuerpo
bajo este olivo mágico
que entrecruza sus hojas
para filtrarme soles,
para filtrarme lunas,
cerniéndome el paisaje en sueños remansados...

Si yo me levantara...
Si empinara mis voces,
estallaría el campo en mil sonidos roncós;
la rudeza del monte quebraría sus rocas,
y aquel pino soberbio se hundiría en el río...
Si yo me levantara...
Entre mis manos trémulas se ahogarían los senderos
y hasta la bestia arisca
estrenaría el gemido...

Dejadme así, cansado,
náufrago de estas ramas.
Que me niegue su mano la rueda de la vida.
Yo, quieto; yo, tendido. Bajo mi olivo íntimo
seré ya solo el sueño
cernido, de sus hojas.

Sebastián BAUTISTA DE LA TORRE

TARDES DE SOL

Con las tardes de sol que voy pudriendo
ya sé que no podré comprar mañana
ni una gota de lluvia de domingo
ni una cuarta de abismo para insomnios

Se me caen hacia adentro como piedras
de brocales de pozos desechados.
Se me enrollan sus risas, sus diálogos,
sus rincones, sus parques, sus muchachas
y ya no habrá unos dedos que desplieguen
en días por suceder, tantas banderas.

Se van haciendo tierra, negros suelos,
mortandad inservible, porque el alma
jamás abona luces con estiércoles
de soles apagados para siempre.

Toda tarde de sol se me atesora
acuñada de noche y se me ofrece
en su triste ser llave de recuerdos
de otras tardes de sol, pasadas, muertas.

Esta tarde de hoy se enseña herida
por el ancho costado del crepúsculo,
y sé que no me vale ni siquiera
para darla en limosna a cualquier ciego.

José MARIA REQUENA

Garganta del Espinar

En medio de la tarde, oigo
la vigilia caudal de la naturaleza,
el fragor de los ciclos vegetales.
Desde las nubes migratorias, viene
fraguándose la hozada del verano,
el holocausto junto de la tierra.

Estoy solo en el tiempo.
Mi porvenir no existe.
(Ornamentales aguas tejen
las cautelosas mallas de la noche).
Siento el recuerdo atroz de haber vivido
sin saber que vivía, y no me pertenecen
mis cautiverios vanos, ni la ajena vileza,
ni la esterilidad de mis edades.
¡Si pudiera volver cuanto yo soy
sólo al amor que fui, no a mi vacío!

Al fin, hallo en mí mismo el instrumento
que quiero que me mate y vitupere:
es la condenación de mi esperanza.
Oh mentiroso vaticinio
que en el nocturno rapto deposita
la cobarde renuncia de mis años.

(Alguien canta en lo hondo y me parece
que es mi olvido quien canta, que algo existe
en esa voz que es mío y me desprecia.
Como la lluvia en un espejo,
la noche me circunda de inconstancias.)

Mi memoria es la voz del campo junto.
Bajo las ramas de voluble encanto
miro mi corazón nacer de nuevo:
los signos inmortales le dan vida.

José Manuel CABALLERO BONALD

EN ALMERIA VIVE INDALO

La puerta andaluza de Levante es Almería. Un paisaje sólido y jugoso, sin anécdotas ni monotonías, constituye su vera definición geográfica. El color no nos viene aquí de periódicas floraciones, ni de mentidas eternas primaveras a uso de folletos turísticos, sino de la entraña viva de la tierra, una tierra que irisa sus piedras para asombrarnos más maravillosamente que con la parra o el naranjo o el mar con ser hermoso.

Como el río de la alta Castilla bebe de todas las aguas según el refrán, de todas las sequedades se bebe aquí para remansarlas en cálidos colores, en materia coruscante, en volumen de gracia.

En esta tierra vive Indalo. Indalo no es sino el hombre ibérico que cruza sobre su cabeza a la vez el arco de guerra, el iris de bienaventuranza, el abrazo por encima de todo. Indalo ampara aún totémicamente las casas de Mojácar, el pueblecito de la serranía sobre el mar. Pero Indalo entró de lleno con el signo de Cristo en todo lo universal de la cultura. Indaletius era el primer evangelizador del gozne mediterráneo que es la esquina sureste de España. Su nombre recordaba romanización de antiguas deidades aborígenes de un lado, y de otro un claro sentido de ubicación "inde".

Hoy en un grupo de pintores, de artistas, Indalo significa la más limpia europeidad, precisamente porque es la vuelta a lo aborígen que enseñó la preciosa forma de la campana—hoy tan católica y universal— a toda la mar materna de Occidente. Significa también el despojo de todo lo árabe en cuanto cartel. Contiene la vinculación con Castilla, repartidora de la vega a la llegada de los Reyes Católicos, y de cuyos capitanes descienden nuestros campesinos. Es también la nueva conquista de un fondo humano y, por ende, cristiano para la vida plástica, conquista a la que se lanzan estos jóvenes pintores como Parsifal, el antepasado de Perceval, se lanzó a la conquista del Santo Grial. Lleva en sí la incorporación del volumen estructurado—llámese arquitectura o no—sin truco, como viva materia pictórica, ya sea arcada renaciente o cúbicas casas de la Chanca.

Todo esto es indalismo, y—¡claro está!—negación de todas las putrefacciones, desde las académicas hasta las planísimas entelequias de cierta senecta pintura joven.

Los indalianos bucean en la carne misma de la tierra. Su postura, no es otra cosa que la interpretación cósmica por el hombre telúrico.

Desde cualquier ángulo del mundo se puede pensar y repensar el universo. Cuando se hace desde Almería, con los ojos llagados de luz (igual que en la leyenda negra provinciana) sobre una azotea, frente a un cerro desnudísimo, cuando se hace así con el corazón limpio y libres de aojamientos foráneos, entonces esta visión tiene validez universal.

Gabriel ESPINAR.



Dibujo de Jesús DE PERCEVAL

P O E M A

Al poeta Rafael de la Vega

Hace tiempo que debo a tu amistad tan clara
estos versos que ahora junto a mi dicha escribo.
La dicha es sólo un pájaro que en mi pecho se para
y me canta terriblemente vivo.

Pero también a veces el dolor, ese oscuro
pájaro que me canta su mortal melodía,
excrementa en mis ojos algún mirar impuro
que me enturbia las horas de alegría.

Porque llevas mi nombre y mi estigma terrible,
que es el destino duro de regresar la vida,
y la vida al marcharse se escapa irrepetible,
compréndeme en mi gozo y en mi herida.

Tú sabes cómo lucho por la esperanza, amigo;
conoces de qué forma mi corazón batalla.
Las cosas que perdí se morirán conmigo
y en ellas quedaré cuando me vaya.

¿Repetiré mi carne sobre la carne de ella
que regresa a mis brazos arrollándolo todo?
En mi pecho nocturno se levanta una estrella.
¿No oyes pasar la vida de otro modo?

Yo la escucho pasar como una brisa blanca,
mientras mi pecho ahoga el viento que lo hería.
Todo lo que no es suyo el corazón lo arranca
serenamente, un día u otro día.

Y Dios entra en mi espíritu, con su cuerpo y su alma,
exactamente igual que anduvo en Galilea.
Sólo su vino puede devolverle la calma
a esta carne que sufre y que desea.

Porque la vida es ancha como un valle profundo
y tu amistad me alegra como si fuera un río
y desde el alma de ella me está sonando el mundo,
alégrate en mi gozo, amigo mío,

que yo me alegraré con tu misma alegría
y con tu mismo verso saludaré tu suerte.
Ya oigo llegar las voces de tu clara poesía,
apagando los pasos de la muerte.

8 - 6 - 52.

Rafael MONTESINOS

Otra vez el principio.

El mundo gira siempre, fatalmente girando;
nuestra luna dormida va dando vueltas ciega,
las estrellas brillantes que iluminan los cielos
siguen dóciles, mudas, su preciso rodar,
y aquellas que no vemos y las que se apagaron.

Nuestra tierra, redonda;
todos nuestros caminos en apariencia rectos
son curvas que se cierran.

Por mucho que corramos siempre llega el principio
y hay que empezar de nuevo.

Fatalmente la ley de atracción nos obliga,
nadie puede salirse de esta armonía de siglos,
de esta monotonía:
la sentencia terrible de ser así y así.

Vivimos entre círculos que nos atan sujetos
y que nos forman órbitas y soles
sobre los que, sumisos, en el tiempo giramos.

Antes era la tierra plana como el paisaje
y el cielo daba vueltas solo para nosotros,
nuestros caminos todos llevaban a algún sitio
y a Roma había que ir para poder llegar.
(Quien pudiera volver a una vida sin ciencia,
una vida de rectas con final de trayecto).

Mario ALVAREZ ORTIZ

DIALOGO EN LA NOCHE

Estás, amante, derramada y dulce,
sitiada por mis brazos. No te dejo.
No cambiaré tus besos por las flores.
Tú sabes que el amor es violento.
Piensa en tí. Piensa en darte como ahora.
Piensa en la madrugada del deseo,
en la noche larguísima que tienes
preparada en el fondo de tus ojos
para emboscar tu cuerpo. Piensa en mí
y en el amor, vecino de la muerte.

Quien dijo que tu amor era mentira
que venga y que lo vea y me lo grite.
Yo no oigo nada, no oigo las canciones
Oigo tu voz que dice: «Para siempre».

Aquilino DUQUE

BALADA DE LA NIÑA SUCIA

Era una niña.
La niña sucia.

Condensaban las hojas amarillas
un sol cuajado de caminos,
un sol hermano del polvo y de las moscas,
sediento de carbones y de aleros;
amigo de los caminantes y de los hombres desnudos.

Las calles paralelas, cegadoras, deslumbraban
los ojos de siesta de las persianas verdes.

Los pasos tenían prisa, pero iban cansados
a ocultar en la frescura de los patios
y en las sombras de las bodegas
su rumor de taberna,
su dolor de gomas, desnudos y solos.

Sombreros de palma
cernían la luz sobre los rostros numerados.

Un cuchillo de fuego
desangraba la fuente,
agonizante ya, entre estertores, gota a gota.

La niña sucia estaba allí, naciendo
como un fuego fatuo, del polvo transparente,
perfumando las horas con jazmín de cadáver,
cortando con su presencia el trino de los avecillas,
levantando su inmensa estatua de hambre,
ofreciendo los tallos flácidos de sus remos,
tiernos y caídos,
gritando, gritando
su aullido de lobo
en un bosque espantado y acechante de suspiros.

La niña sucia. Sucia y hambrienta
llevando como flores en sus manos
un luto de noviembre dolorido
y una tristeza de juguete muerto.

La niña sucia, errabunda,
como un perro sin hogar.
Allí, en medio, frente a las sombras
y los rezos de las brujas,
portando un balde marinero,
lleno de sobras de comida,
de puntas de cigarros rubios,
de manjares que fueron, ya putrefactos.

La niña sucia, viviendo asesinada
su minuto, su minuto exacto.

Dios y yo la vimos y dialogamos sobre ella
con palabras de fuego.
Dios y yo la vimos marchar vacilante,
renqueante, anónima y sucia,
con un gracioso escorzo de gacelilla coja,
cantando una antigua canción de amor,
a pesar de todo, a pesar de todo, a pesar de todo.

Era una niña.
La niña sucia.

Rafael PALOMINO

ESPAÑA VEGETAL

Ahondando el surco que esta tierra presenta.
Esperanzado.

Reclamando el sudor que corresponde a mi frente.

Por tu venida frutal, la floración
por tu vena fluvial;
la pena regadío.

Por éste cauce humedezco mis labios y
al portalón de tu huerta vengo en llamar.

No me responde nadie:
España:

Cómo crece la hierba,
cómo el hombre se afana en su labor.
Debe pesarle inútilmente el párpado,
pues, que se empeña, y la semilla no llega a acariciar.

Pues, que se afana, y aclimata tierras y
emigra.

España.
En cada letra quiero rezumar
la goteante
pulpa fresquísima de tu corazón vegetal.

Quiero abrazar a todas tus vertientes,
agavillar tu pasmo.

Mi España, apesadumbra el sol;
ancha es Castilla.

(De "pequeño poema de una española
pobre")

Felipe SORDO LAMADRID

LAS COSAS OLVIDADAS

Desprendidas estáis de mi memoria
por las urgentes manos del olvido.
Puedo pensar, tan sólo, que habeis sido
paso de nube o ave transitoria.

Que cruzásteis un día por la historia
del corazón, sabiéndolo dormido,
y fué tan leve el paso y sin sonido
que no os pudo aprehender. Por la ilusoria

madeja que es el tiempo, busco en vano
el hilo del regreso, mas la mano
que os enreda mantiene ésta porfía.

Y aunque reclame vuestra carne ausente,
y aunque la invoque, sé que inútilmente
os pienso ya. La eternidad no es mía.

Pilar PAZ PASAMAR

EL PERSEGUIDO

Me he escondido en la sombra como un ciervo herido,
en la sombra, donde tu mano no puede amenazarme
ni derribarme salvajemente sobre la tierra,
como un árbol que cae para siempre.

Aquí estoy esperando, esperando
con la boca sedienta y el corazón partido;
con los dientes rotos por tu salvaje embestida de búfalo,
esperando el instante de tu sueño, el único momento de tu sueño,
para escapar, en una atropellada huida
de tus garras: tus garras feroces que me han arrancado la vida.

Desnudo estoy ahora, y, como un avecilla, temblando.
Con una recelosa inquietud miro al río, al camino, a las lomas,
por donde tú puedes llegar con el brillo salvaje de tus ojos,
con la amenaza fría de tu pecho lleno de odio,
con el impasible ritmo de tu caminar despiadado.

¡Ah, no poder volar! ¡Qué locura, qué pozo
de angustia se me abre en el alma! No poder
volar, evadirme
del círculo estrecho de tu feroz vigilia;
romper el aire alegremente, con una libertad enteramente mía,
y olvidarme de que has existido tú, que me buscas toda la noche
para enterrarme bajo tierra, en un frío hueco sin aire.

¡Cómo recuerdo ahora aquella blanca casa donde era feliz
plenamente!;
donde siempre tenía agua y pan; donde había
una almohada para sostener mi cabeza cansada;
un largo y dulce sueño prolongado hasta la hora del sol...

Pero ahora tú esperas ahí, enemigo sin nombre,
enemigo que no duermes nunca, taladrando la noche
con tus terribles ojos; abiertos ojos que giran y giran
como dos altos faros de vigilante luz.

¡Qué solo estoy, oh, qué solo estoy ahora mientras tiemblo
como un pajarillo;
aquí, herido, tirado contra esta tierra; abrazado
desesperadamente a esta tierra,
que no comprende mi dolor.

Francisco MARTINEZ LLÁCER

EL HOMBRE

El hombre va dentro de cada sensación de dolor;
es carne del destino,
y no puede salirse de su cauce.
Es río hacia una mar en silencio perenne.

El hombre, como un símbolo,
fuera de su corporeidad
es como únicamente deja de oler a muerte.

Hombre contra la rosa,
pero apretando en sus dedos las espinas,
si es que no haciendo con ellas su corona
para salir del hombre;
para llegar a ser.

Hombre contra la fuente,
bajo la fronda,
escuchando en las hojas secas el gusano que escarba,
—sensación de dolor y de camino,
hacia un reposo enmudecido—.

Ir buscando el instante sin saber donde está,
ebrio, en el clamor que aplasta y pisotea
para llevar más pronto
a ofrecer el banquete del silencio y el olvido.

Es un hondo dolor estar clavado siempre
en la consciencia
de saberse de límite y de carne,
alimentando a fuerza de esperanza
la trayectoria de una lucha
después de cada desengaño inevitable,
en un esfuerzo rudo, que necesita toda
la seria integridad del hombre.

Pedro ARDOY

TANTALO

Es claro tu dolor. Dolor humano
de ver la luz que siempre desvanece,
de ver el sol que brilla, y palice
si ya de tu mejilla tan cercano.

Que muere diluída en sueño vano
la fruta codiciada, que se ofrece
jugosa, tentadora; y acontece
que sufres la congoja de tu mano.

Y el agua, de frescura cristalina,
¿qué fango de miseria no produce,
al beso de tus labios que recibe?

¡Oh, Tántalo; cuajado en tu ruina,
qué tétrico presagio no transluce
si toda una dulzura se concibe!

Julio PORLAN

HOMBRES EN LA ACERA

Yo los he visto quietos,
mañana tras mañana,
recostados sobre la alta pared misma de siempre,
con sus quejas al hombro, masticando blasfemias,
crujiéndose los dedos de las manos
y hablándose en voz baja
cuando hablaban.
Yo los he visto así,
tal como os digo,
y era terrible verlos, hombres todos,
con un rayo de sol entre las cejas,
la colilla apagada sobre el labio
y un día más sin trabajo por delante
Junto de ellos pasaban otros hombres
esclavos de su prisa, de sus cosas,
y los miraban con indiferencia,
con esa indiferencia que les trae
la fuerza misma ya de la costumbre,
y quizás los juzgasen falsamente
y los tachasen de esto y de lo otro.
Cada uno de aquellos quietos hombres
con sus risas mentidas
y sus ojos en todo lo que pasa
—así, aparentemente, sin cuidados—
se están bebiendo a gotas la hiel de su tragedia
mordidos por su misma necesidad ociosa.
Cada uno de aquellos hombres, digo,
tendrá su casa y solo sus dos brazos
para el pan y la madre,
algunos ni tendrán nada de eso,
algunos tal vez novia,
algunos, sin tal vez, mujer e hijos...
Y yo os pregunto,
y ellos se preguntan,
si este oficio de no tener ninguno,
si este vivir de pié sobre una acera
un día y otro día,
sin que nadie les llegue
a sacarles las manos del bolsillo,
sin que nadie les traiga
una sola palabra esperanzada,
es justo y es posible y es humano
y si debe juzgarse falsamente.

No sé por qué me duelo ante estas cosas.
No sé siquiera ni por qué os las cuento.
Yo sólo sé que me descorazona
ver una acera con diez hombres, quietos.

Antonio MURCIANO

(De «EL PUEBLO», inédito)

El Recuerdo

No es un sueño, es la vida, lo que contemplo ahora,
suave lumbror de dicha rozando, como el aire,
altos luceros diáfanos, inmarcesibles nubes
coronadas de excelsa majestad en las cumbres.

La soledad se muestra flor desnuda en perfume,
y allí se abreva ahora el recuerdo, incansable
peregrino, que sabe que no enconde su fruto
más que agrídulce jugo de hastío, pero amado.

Horas tendrá el olvido, cielos aún no vividos
por la vigilia ansiosa, desvanecida en éxtasis,
como queriendo estar donde nunca se pierda
su acuciadora sed, su anhelo desde siglos...

¿Es así lo que viene de la memoria, o hay
otro lugar no hollado por los sueños del hombre,
rincón que ha trasminado su virtud de lo eterno,
su tierra, que despide tanta luz como el agua?

¿Es tan cierto aquel tiempo, aún tan puro en lo breve,
que no se dejaría por visitar, pues sabe
que en la estación del ansia permanece escondida
la musical nostalgia de lo que se ha vivido?

Junto a la maravilla silente, sol de un día,
ha pasado la sombra de este olor, que no muere
sino por ser tu dulce sencillez envidiable
o tener en su seno tu encendida victoria.

Buscará en otros días un más fiel abandono,
nocturno recrearse en lo que fué y no vuelve,
y al ajustar la misma sonrisa que le daba
parecerá querer desdeñar su recuerdo.

Pero no, si éste tiene, como tiene la muerte,
algo que no pudiera destruir, si no mira
lo que en silencio se alza ante el rumor del mirto,
será porque desborda su corazón al tiempo.

Permanece la débil trabazón de esa gracia
nacida, Dios lo sabe, más venida de pronto
a recrear la falsa visión que se entroniza
mientras se esfuma, lejos, un velo de tristeza.

Mariano ROLDAN

LEOPOLDO DE LUIS.—«Elegía en Otoño».— Colección Neblí.— Madrid.

Tres direcciones pueden distinguirse, en síntesis y según mi modo de considerar, dentro de la moderna poesía española. De un lado, la poesía objetiva, descriptiva o no. De otro, la que tiene su raíz plenamente dentro de lo subjetivo, de una forma más o menos pura o automática (ejemplo más reciente, como movimiento, el introvertismo). Dentro de la tercera que, posicionalmente, yo considero entre ambas anteriores tendencias, está la poesía de L. de Luis —cordobés trasplantado a la capital de España—, al menos en este libro, «Elegía en Otoño» que la Colección Neblí nos ofrece. ¿Ecléctismo? Aun contra lo que pudiera a primera vista parecer, no. Porque esta posición tercera, circunscribiéndonos a la moderna poesía española, ha sido primera en el tiempo, y este es factor con el que en todo estudio ha de contarse. La estructuración estético-espiritual de esta poesía se cifra sobre una base de identificaciones entre el poeta —su estado anímico—, y el mundo exterior. Hay un paralelismo de caminos que se cruzan a veces, y a veces se confunden, de modo que el poeta llega a verse sobre las cosas, que se vivifican, y a la inversa. Así, L. de Luis, en este mundo de identificaciones, nos dá la clave en uno de los poemas de su «Elegía en Otoño». Es cuando el poeta nos dice:

“Cruzan hacia el otoño trenes de viento y sombra.
A la vez los miramos pasar y vamos dentro”.

o también —quietismo y dinámica espiritual—, en aquellos otros versos:

“Somos de vieja tierra incommovible
y a la vez somos sombra hacia lo lejos”

El otoño —elemento real— es todo un valor simbólico a la vez que emocional. Sobre él y sobre su impresión física —y hasta geológica, a veces— se levanta el edificio suave, casi dulce del poema, vertido hacia el alma, un poco nostálgicamente, en tono de renunciación. Porque no vaya a pensarse que este libro nos lleva, tras su título, a una sicografía desgarrada, violenta. «Elegía en Otoño» es un libro de una belleza líquida y fluyente para la que el poeta ha contado con dos elementos: su ya habitual dominio del verso asonantado, y el empleo de la imagen. Este es elemento en el que hay que subrayar el juicio, por la asiduidad de su presencia. Normalmente el autor no emplea la metáfora, sino que es constante la palabra “como” (“como unas alas rotas”; “un como tenue polvo claro”; “como un eco”; “como un agua”, etc.), sirviendo de arranque al correspondiente término expresivo de la imagen, con un tono un tanto personal.

«Elegía en Otoño» es, en resumen, un libro que alcanza plenamente su propósito. Está dividido en trece poemas, todos ellos cargados de belleza, y Núñez Castelo, con su personal modo de hacer, lo ilustra con varias bellas viñetas. Con ésto y con felicitarnos de su lectura, dejamos constancia de este excelente libro con el que Neblí, la colección que R. Millán dirige, se apunta un éxito más.—E. R. P.

ANTONIO MURCIANO.—«Navidad».— Colección Neblí.— Madrid.

El tema navideño es algo tradicional y por otra parte tan tocado en la poesía española, que el solo

intento de embarcarse de nuevo en él supone ya una indudable aventura. Los versos de los autos y los villancicos, tan lejanos, están siempre, en este tema tan cerca del recuerdo, que junto a ellos está ya el peligro y la dificultad. El primero, por la exigencia de algo nuevo en tema tan viejo, y por tanto tan lastrado. La segunda, porque son —aquellos— hitos indudables en altura y valor con los que el parangón no se hace fácil.

Con todo, Antonio Murciano ha logrado aquí un libro cordialísimo y alegre, lo cual es un indudable triunfo en su poesía. No es obra definitiva, naturalmente. Pero sí obra hecha con verdad y cariño, y por tanto obra a la que hay que prestar atención, tanto más cuando su autor es poeta de condiciones auténticas, y dotado para logros mejores.

Parece ser que, en tema tan tradicional, el verso tradicional debía imponerse. Así, Murciano emplea la décima, el endecasílabo asonantado, el romance, el soneto, etc. Y los emplea con garbo, con dominio, y hasta con gracia andaluza. Sin embargo, el repiqueo de metros nos lleva inevitablemente a ecos ya oídos —lejanos o de hoy—, encadenándonos incluso a poemas de otros, que el autor utiliza como glosa y arranque. A nuestro modo de ver —y sin que este modo de ver sirva para tirar por la borda lo que de valor hay en este sistema y en este “modo” que Murciano adoptó para su librito— hubiera sido preferible la versión del tema desde ángulos nuevos, como en parte del libro lo hace. Así, esta parte —los tres poemas de “los que no vieron al niño”— es la más personal de la obra, y desde luego la más de nuestro agrado. Hay también algún villancico con gracia y encanto andaluces.

Libro hecho con programa, salva de todos modos las naturales barreras. Y esto es suficiente. E. R. P.

JUAN MARTINEZ DE UBEDA.—«Voz en vuelo».—1952.

He de decir antes de todo que creo en el poeta que es Martínez de Ubeda. Cuando se acierta en más de una ocasión, aun cuando también en más de una ocasión el error haga acto de presencia, es que hay verdad en el poeta. Martínez de Ubeda, la tiene.

Claro está que para el autor de «Voz en vuelo» hay dos peligros: de un lado el de su excesiva fecundidad. De otro el de seguir o acatar consejos de cualquier improvisado crítico de juicio dudoso en su valía como tal. El desprenderse de lo primero —llegando dentro de sí, a una mayor concentración lírica— es cosa que está dentro de sus alcances. Pero siendo esto muy importante, lo es más el segundo. Exigencia para él primordial es el apartamiento de todo camino que pudiera nacer en recomendaciones y consejos de espaldas al tiempo y a la realidad de nuestro momento poético, de quienes en ocasiones solo saben —a veces, envaneciéndose de ello— poner en la picota de la evidencia el buen juicio que las letras de nuestra provincia están ganando fuera de ella, a fuerza de trabajo y entusiasmo de sus valores más auténticos, entre los que muy bien puede considerarse M. de Ubeda.

«Voz en vuelo» es un libro demasiado extenso y, por tanto, de contenido heterogéneo. Hay poemas contruidos bellamente y bellas metáforas, que a veces el poeta, innecesariamente, expone explicati-

vamente dentro del poema (Así, dice“ y los aros de oro —girasoles— dieron, etc....) A veces nos sorprende con altos hallazgos: aquí es donde encontramos al poeta, y donde nuestra fé se basa. “Niebla“ y “Suburbio“ —éste de tono social—, son dos de los poemas que más nos agradaron, así como el titulado “Fecundidad“, en buena parte. E. R. P.

J. GAMEZ IVERNÓN.—«Poesía»

Excesivo este volumen de versos del poeta provincial J. Gámez Ivernón. Es defecto de los poetas jóvenes que no son debidamente orientados el de querer presentarse con amplitud, con cantidad, al lector. G. Ivernón a quien creemos joven, ha incurrido en este defecto, del que, en lo futuro, debe apartarse, procurando una más rigurosa selección, pues a veces se ve dominio en los versos y metros. Acompañan al libro unas palabras de P. Puche.

RAFAEL MILLAN.—«Hombre triste».—Colección Nebli.—Madrid.

Dentro de su misma Colección, Rafael Millán nos da este librito, de un tono poético íntimo y subjetivo, servido de unos versos aéreos, breves, finalizados suspensivamente como ha sido característico en todas las colaboraciones aparecidas hasta ha poco, de este poeta.

Un arranque de tristeza envuelve la mayoría de las composiciones de este volumen. No es una posición filosófica lo que alienta este cuaderno de “Nebli“, sino una situación espiritual. Es la tristeza del poeta una tristeza nostálgica, de vals. Una tristeza soñadora, un tanto entrecortada, indecisa y otoñal.

El libro, con indudables valoraciones poéticas un tanto dispersas, resulta en cambio de cierta monotonía. Hay versos que no nos gustan, tales como aquellos de “triste bipedo ciego“, y hemos de consignar que las últimas colaboraciones de Rafael Millán leídas, siendo menos personales, son de una calidad mucho mayor.—E. R. P.

GABRIEL MORENO PLAZA.—«Soledad de ser hombre».—Córdoba, 1953.

He aquí un ensayo interesante (el ensayo es género que hoy se cultiva poco entre la generación joven del Sur), de un valor indudable y joven, Gabriel Moreno Plaza, nombre unido a la empresa literaria de la revista cordobesa Arkángel.

A través de un centenar de páginas de apretada prosa, nos habla de la soledad, vacío viviente en el hombre, al desgarrarse de lo natural, situado ante la infinitud cósmica y en sensación de terror. El hombre, según el autor, se encuentra primariamente dividido en dos constelaciones de fuerzas, tierra y cielo, a las que ha de prestar su atención. A través de un breve bosquejo expositivo nos habla del paso de una devoción chtónica a una devoción celeste, constantemente impulsado hacia adelante, hacia una lejana meta ya que el hombre no es fin en sí, sino ser para otro. El ensayo, aceptablemente llevado y con un agudo contenido de observaciones, padece en parte de una cierta inconclusión, perdiéndose a veces en divagaciones adyacentes la línea general y básica del tema. La edición está cuidadosamente realizada.

MARIANO ROLDAN.—«Registro del mundo, dos sonetos y una canción».—Separata de “Alfoz“. Córdoba, 1953.

Mariano Roldán, nos dá en este breve cuaderno de sólo tres pliegos una breve, pero intesante muestra de su poesía. Muestra sólo. Porque aparte de la consignada brevedad, cada uno de los poemas apunta un modo diferente de concebir y de hacer. Y esto, que en otro caso pudiera ser bueno, en el caso de un poeta joven como lo es M. R., puede no serlo. En el momento poético actual hay que definirse. Y esto es mucho más necesario cuando se está en el dilema de escoger el camino que ha de llevarnos hasta donde, después, seamos capaces de llegar. No valen, pues, las medias tintas, ni menos aún las indecisiones.

Para nosotros, el poema mas interesante es el primero. Los sonetos... están bien hechos, y adornados de bellas imágenes. La canción es una canción; no más que eso. La edición pulcra, lleva un retrato del autor, realizado por Povedano.—E. R. P.

ANTONIO GOMEZ ALFARO.—«Siete canciones en primavera».—Córdoba, 1953.

Como segunda separata de “Alfoz“ han aparecido estas primaverales canciones de Gómez Alfaro, forma de cercanas resonancias. Pese a que no nos traen nada nuevo estos versos, hay en ellos indudable jugosidad, indudable encanto.

“Yo tus trenzas, con juncos
las ataré: torcido
pelo sobre mi mano
me acordará al estío
cuando las hoces trenzan
sol-oro al oro-trigo“

Lo que A. G. A. pretende con estas canciones, lo ha conseguido, además de una relativa independencia, a la que contribuye ciertamente el matiz de elaboración intelectual que en ellas se nota.

MANUEL GARCIA VIÑO.—«Sonetos a una muchacha».—Sevilla, 1953.

Según la breve muestra de este cuaderno, García Viño avanza poco en el camino de su poesía. Mas propio sería decir que se halla embarrancado, y hasta no lejos del adocenamiento.

Palabras, palabras, palabras... Viño se ha envuelto en los límites formales del soneto, y ahí se mueve —se remueve— en una especie de callejón sin salida, sin decir nada que pueda disolver el tedio. Para él podríamos recordar unos oportunos versos del peruano Palma:

“...forme usted líneas de medida iguales,
y luego, en fila, las coloca juntas,
poniendo consonantes en las puntas.
—¿Y en el medio?”

¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
hay que poner talento.“

Viño puso consonantes en las puntas, pero le faltó lo otro. Vale la pena que se dedique a probar que fué aquí sólo donde estuvo la falta. E. R. P.

FIRMAN

VICENTE ALEXANDRE - LEOPOLDO
DE LUIS - R. ALBERTI - A. POVEDANO
M. ALTOLAGUIRRE - P. PEREZ-CLOTET
J. A. MUÑOZ ROJAS - R. ZABALETA
C. R. AGUILERA - J. BERNIER - RICAR-
DO MOLINA - P. GARCIA BAENA
J. MARISCAL - A. GALA - S. PRO HES-
LES - R. LAFFON - J. LUIS CANO
A. CANALES - J. M.° SOUVIRON
S. B. DE LA TORRE - J. M.° REQUENA
J. M. CABALLERO BONALD - G. ESPI-
NAR - JESUS DE PERCEVAL - R. MON-
TESINOS - MARIO ALVAREZ - A. DU-
QUE - R. PALOMINO - F. SORDO
PILAR PAZ - F. MARTINEZ LLÁCER
P. ARDOY - JULIO PORLAN - ANTONIO
MURCIANO - MARIANO ROLDAN

Patrocinada por el Excelentísimo
Señor Don Felipe Arche Hermosa
Gobernador Civil de la Provincia
